

**RESEÑA DEL LIBRO “MUJER ALZADA”  
DE SILVIA SOLÓRZANO,  
militante del Ejército Guerrillero  
de los Pobres (EGP), Guatemala.**

**REVIEW OF THE BOOK “MUJER ALZADA”  
BY SILVIA SOLÓRZANO,  
militant of the Guerrilla Army of  
the Poor (EGP), Guatemala.**

**Gabriela Grijalva**

Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC)

[grijalvamenendez@gmail.com](mailto:grijalvamenendez@gmail.com)

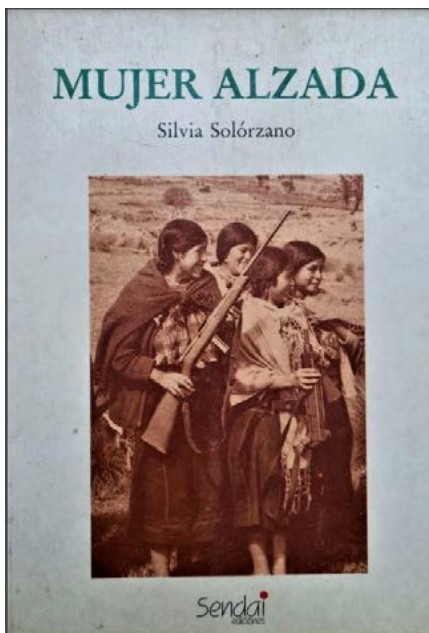
<https://orcid.org/0000-0002-9317-6712>

pp. 218 -246

Recibido: 27-05-2025    Aceptado: 23-10-2025

*Vámonos y que nadie se quede a la zaga,  
que nadie perezoso, amedrentado, tibio, habite la faz de la tierra  
para que este amor tenga la fuerza de los terremotos,  
de los maremotos,  
de los ciclones, de los huracanes  
y todo lo que nos aprisione vuele convertido en desecho  
mientras hombres y mujeres nuevos  
van naciendo erguidos  
luminosos  
como volcanes.*

GIOCONDA BELLI



**Ilustración 1.**

Portada del libro *Mujer alzada* escrito por Silvia Solórzano

*Mujer alzada*, publicado en 1989, es uno de los pocos libros testimoniales elaborados antes de los Acuerdos de Paz en Guatemala, firmados en 1996 después de una larga y violenta, pero también esperanzadora Guerra Civil (1960-1996). Más allá de eso constituye uno de los escasos libros escritos por mujeres y sobre mujeres organizadas en la guerrilla, en este caso particular en el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) (1972-1996).

Reseña del libro “Mujer Alzada” de Silvia Solórzano, militante del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), Guatemala.

En un interesante artículo de *Plaza Pública*, “La guerra en los libros”, Elsa Coronado afirma que la mayoría de las historias de la guerra en Guatemala es escrita por hombres y sólo un 15 % por mujeres. Según una base de datos presentada en dicho material, Coronado señala que:

El análisis de estos textos nos lleva (sic) a varias conclusiones: esta historia la cuentan, en su mayoría, hombres, solo un 15 % de los títulos fueron escritos por mujeres. Más de la mitad, un 58 % fueron escritos por académicos, un 13 % por militares y un 11 % por exguerrilleros, los demás fueron títulos literarios o periodísticos. La mayoría se enfoca en hablar de las negociaciones de paz y la posguerra, medio centenar habla sobre los años ochenta, los más duros del conflicto y solo 24 estudian los inicios de la guerra (Coronado, 2019).

Así, el valor del libro (que en principio parece ser parte de la propaganda política nacional e internacional del EGP) se refuerza en la osadía de atreverse a hablar y publicar durante el régimen de terror estatal acerca de lo que significa ser mujer en la guerrilla y el porqué de su incorporación al movimiento. La autora, Silvia Solórzano, también integrante del EGP, revela desde un principio el doble significado del nombre del texto:

Se refiere a nuestra decisión de ir por el camino revolucionario, de tomar las armas e irnos a la montaña como miembros de las fuerzas guerrilleras... Pero *Mujer Alzada* se refiere así mismo al hecho de que en ese mismo proceso nos hemos alzado sobre nuestra propia condición femenina, tomando conciencia de ser explotadas, oprimidas y discriminadas, adquiriendo... seguridad en nosotras mismas, seguridad de no depender del hombre, de sentirnos capaces y con derecho a desempeñar cualquier tarea (Solórzano, 1989, pág. 7).

Antes de adentrarnos en la obra, hablaremos un poco de la autora. Silvia Solórzano Foppa es hija de la reconocida poetisa Alaíde Foppa<sup>1</sup> y el revolucionario Alfonso Solórzano, militante del Partido Guatemalteco

---

1 Alaíde Foppa, mujer, madre y poetisa fue capturada y desaparecida por el ejército de Guatemala el 19 de diciembre de 1980, debido a la colaboración de ella y sus hijos en el EGP. Provenía de una familia de diplomáticos de clase acomodada.

del Trabajo (PGT).<sup>2</sup> Nació en Guatemala y se asentó en México, junto con su familia, desde los 6 años. En 1971 inicia sus estudios de medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y se traslada a la Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC) en 1975.

Ella creció dentro de una familia revolucionaria, y al estar imbuida en las conversaciones, vida revolucionaria y pensamiento progresista, fue natural su interés por participar en el movimiento; lo hizo durante la conformación del EGP (1972), apoyando en la montaña con sus conocimientos médicos (Orantes, 2023). Durante la Guerra Civil, Silvia vive a plenitud su participación en la guerrilla, pero también la sufre con la pérdida de su madre, su padre, dos de sus hermanos y su pareja a manos de las fuerzas armadas guatemaltecas, lo cual la vuelve aún más consciente de la entrega que conlleva estar involucrada en la lucha revolucionaria.

El libro, *Mujer alzada*, se encuentra dividido en varios apartados cada uno de los cuales presenta testimonios, cartas y entrevistas a mujeres indígenas y ladinas del ámbito rural y urbano guatemalteco. Se presenta así, un amplio espectro de la participación de las mujeres dentro del EGP.

En la Introducción, Silvia Solórzano nos indica que su objetivo es presentar testimonios que representen cómo se ha conquistado la igualdad y el respeto de sus compañeros masculinos, enfatizando que la toma de conciencia de la explotación de los pobres produce no solamente la necesidad de la liberación de clase, sino también la emancipación de las ataduras patriarcales que agobian a las comunidades tanto indígenas como ladinas; ataduras que, a pesar del levantamiento femenino, perduran por estar muy arraigadas en la sociedad. Añade que sin duda se prolongará esta lucha de las mujeres más allá de la toma del poder<sup>3</sup> y de la instauración de un gobierno revolucionario (Solórzano, 1989, págs. 7-14).

---

2 Alfonso Solórzano Fernández, miembro del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), muere en circunstancias irregulares en la ciudad de México el 9 de agosto de 1980, durante su exilio. Sobre su muerte existen dos versiones, la primera que iba distraído al cruzar la avenida Insurgentes en la ciudad de México, razón por la cual fue atropellado; y la segunda versión, que fue atropellado a propósito en Insurgentes.

3 La toma del poder era uno de los objetivos comunes y más importantes que compartían las organizaciones guerrilleras guatemaltecas.

En otras palabras, observamos que los hombres revolucionarios no son “el hombre nuevo” *per se* anunciado por Ernesto Guevara, sino que debían entrar a un proceso de toma de conciencia que les permitiría romper con las relaciones patriarcales. Sin embargo, en la práctica, como bien explican algunos testimonios de mujeres revolucionarias -precursoras y contemporáneas de Silvia Solórzano, como Aura Marina Arriola, Mirna Paiz Cárcamo, Yolanda Colom, Chiqui Ramírez<sup>4</sup>, entre otras- la relación entre hombres y mujeres estuvo permeada por los estereotipos del “ser mujer” y las concepciones de la capacidad y habilidades de las féminas en la guerra.

Uno de los puntos torales de *Mujer alzada* es el reconocimiento de que en la lucha por la emancipación de las mujeres no se trata de “lograr pequeños cambios o de alcanzar únicamente ciertas reivindicaciones como mujer, sino de orientar la lucha hacia los cambios necesarios en el sistema de relaciones y en el funcionamiento de la sociedad, así como en la ideología que impulsa y reproduce su dinámica” (Solórzano, 1989, pág. 12). De esta manera, la autora muestra su esperanza de cambio en la Guerra Popular Revolucionaria, como estrategia de toma del poder estatal y en la vida revolucionaria que practican día a día.

## Participación política de las mujeres en Guatemala

Cabe mencionar que la participación de las mujeres en los movimientos sociales no fue fácil, pero debe decirse que ellas empiezan a movilizarse varias décadas antes del estallido de la Guerra Civil en Guatemala. La contribución de las mujeres en la vida política pública de Guatemala puede observarse con mayor fuerza a partir de los años veinte del siglo XX, a finales y después de la caída del dictador Estrada Cabrera (1898-1920). Después de su caída hubo una apertura en gremiales y los periódicos dieron espacio a mujeres que escribían no solamente acerca del momento histórico que se vivía, sino que también acerca de las necesidades de las mujeres en la sociedad. Cuando Jorge Ubico asumió el poder en 1931, esta apertura se cerró y se regresó al régimen opresivo de la sociedad en general y por supuesto de las mujeres.

---

4 Todas ellas guerrilleras de PGT, FAR y EGP. Aura Marina escribe *Ese obstinado sobrevivir*; Mirna Paiz Cárcamo, *Rosa María, una mujer en la guerrilla*; Yolanda Colom, *Mujeres en la alborada* y Chiqui Ramírez, *La guerra de los 36 años*.

Las mujeres jugaron un papel importante en la caída de Ubico y en la organización en el movimiento que dio lugar a la Revolución de Octubre (1944-1954) tanto en las calles como en apoyo a los heridos y alimentación de los revolucionarios (Harms, 2020, págs. 107-114). Posteriormente, cuando toma el poder la Junta Revolucionaria, el papel de las mujeres es referido de vuelta a la esfera privada y al trabajo doméstico; aunque por medio de actividades socialmente aceptadas lograron grandes avances en torno a la salud, educación, el cuidado de infantes en guarderías, con apoyo de Elisa Martínez de Arévalo, esposa del presidente Juan José Arévalo. Así mismo se instauró el voto para las mujeres alfabetas y el código del trabajo que las protegía de la desigualdad salarial existente<sup>5</sup>. Sin embargo, no se cambiaron sustancialmente las relaciones sociales de opresión hacia las mujeres, lo cual se agravó con la caída de la Revolución de Octubre.

Ahora bien, la participación de las mujeres durante la Guerra Civil tuvo varias etapas. Una primera, en la que las mujeres ladinas urbanas apoyaron escondiendo y alimentando a los primeros guerrilleros y a las personas asediadas por las fuerzas nacionales de seguridad. Posteriormente, mujeres como Mirna Paiz Cárcamo, se incorporaron a frentes armados en la montaña, en este caso las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) a partir de 1965. Cuando la Guerra Popular Revolucionaria -y con ello la represión y violencia estatal se generalizaron a nivel nacional- las mujeres indígenas y ladinas empezaron a apoyar desde actividades como la alimentación hasta convertirse en colaboradoras y guerrilleras armadas, llegando a conformar un alto porcentaje en la membresía del movimiento armado. La participación de las mujeres en la Guerra Popular Revolucionaria constituye un parteaguas de su hacer político, social, económico y público en la sociedad guatemalteca.

*Mujer alzada* recoge relatos que van desde 1982 a 1984,<sup>6</sup> siendo la primera mitad de la década de los ochenta una de las más violentas y sanguinarias en la que el terror de Estado mostró su poder por medio de desapariciones, tortura, masacres, tierra arrasada, conformación de aldeas modelo, entre otros métodos de represión y control de la población civil. Lo interesante de la obra es que, si bien menciona este contexto, se enfoca en testimonios de mujeres que proporcionan esperanza en la lucha revolucionaria que, inferimos,

---

5 A pesar de ello, continúa la diferenciación salarial entre hombres y mujeres en el país.

6 Los gobiernos militares de Romeo Lucas García (1978-1982), Efraín Ríos Montt (1982-1983) y Oscar Mejía Víctores (1983-1986).

es parte de la estrategia y propaganda política del EGP: invitan a las mujeres a la lucha guerrillera y emancipatoria, no solamente aplicada a partir de la represión estatal, sino de las relaciones patriarcales que se vivían y aún se siguen viviendo en Guatemala. Es necesario mencionar que los testimonios orales y escritos son una fuente primaria fundamental para la reconstrucción de la memoria histórica y colectiva, no solamente en el marco de la Guerra Civil guatemalteca, sino en cualquier tipo de estudio interdisciplinar.

Generalmente la antropología ha hecho uso tanto del testimonio oral como del escrito para fundamentar sus estudios etnográficos, de caso y reconstrucción de acontecimientos y memoria a partir de este tipo de fuentes. Es importante decir que estos testimonios pueden ser utilizados por las demás ciencias sociales para enriquecer su análisis, más allá de realizar un relato general y que, aunque muchas veces se prefiere la fuente documental, debe considerarse que el relato proporciona un espectro local y cotidiano sobre el hecho. Así, deben cotejarse varios tipos de fuentes para lograr una reconstrucción histórica y desarrollar la memoria colectiva en este tipo de estudios.

Para poder presentar una mirada general al libro hemos escogido cinco testimonios que tocan las diferentes temáticas que se quieren presentar: la cuestión de clase, etnia, género y el ámbito religioso con relación a la participación guerrillera de las mujeres. En primer lugar, tendremos el testimonio de Úrsula, campesina originaria del oriente del país y base de apoyo del EGP; en segundo lugar, Yolanda, indígena kiche' y dirigente campesina; en tercer lugar, Rosa, proveniente de una zona marginal de la ciudad ubicada en un barranco y combatiente del Frente Guerrillero "Augusto César Sandino"; en cuarto lugar, tocaremos el testimonio de Ruth, de origen campesino e indígena, dedicada a la vida religiosa (monja); y por último, como parte de una reflexión final, haremos uso del testimonio de Esperanza, quien formaba parte de la dirigencia del EGP.

## Algunos testimonios recogidos en el libro

**I. Doña Úrsula**, de 70 años, una campesina originaria de oriente emigró con su familia primero a la costa y después a Ixcán, buscando un "pedacito de tierra" (Solórzano, 1989, pág. 26). Ella relata que, desde que nació en las tierras de un "rico", anduvieron buscando donde sembrar para sobrevivir con su familia; primero con su mamá, papá y hermanos y después con su marido, Chon. Agrega

que para la Reforma Agraria de Árbenz recibieron un pedazo de tierra que la habían expropiado a la “Yunai fruit company”,<sup>7</sup> pero ni bien estaba creciendo el elote subió Castillo Armas<sup>8</sup> al poder y les quitaron la parcela: “destruyeron a las milpas y a los hombres; a los agrarios los persiguieron como a perros, como a venado, y los mataron, Mi marido logró escapar... Después nos llegaron noticias que en el Ixcán podíamos conseguir tierras” (Solórzano, 1989, pág. 26). Como podemos ver doña Úrsula vivió la Reforma Agraria propiciada por Jacobo Árbenz, y posteriormente la anulación de ésta, desde su ámbito rural y su interés por tener un lugar donde cultivar para la subsistencia de su familia.

Al emigrar a Ixcán, y con la llegada de la guerrilla a la zona, don Chon se vinculó con el Ejército Guerrillero de los Pobres. Es probable que la integración de él a la organización fuera una continuación de su pasado agrarista. Úrsula relata que una noche llegaron guerrilleros del EGP a su casa y se sintió muy alegre y triste al verlos, porque venían mojados, con ropa sucia y hambre y ella les ayudó a lavar y secar su ropa y les ofreció lo único que tenía, una olla de frijoles: “Llamamos a nuestros hijos que trabajaban en otro lugar, para escuchar las pláticas. Nos explicaron el porqué de la Revolución” (Solórzano, 1989, pág. 25). Los revolucionarios volvieron a la casa en diversas ocasiones y ella siempre trató de proporcionarles alimentos para comer y para llevar a la montaña. Ella y sus hijos apoyaron de diferentes formas al EGP.

El soporte de esta familia a la causa le valió a doña Úrsula no solamente las alegrías de poder aportar a la Revolución, sino que también vivió la otra cara de la moneda: la represión. Su hijo, Carlos, fue desaparecido por el ejército de Guatemala y capturaron a su esposo Chon. A ella la acusaron de hacer tortillas para “esos muertos de hambre”, lo que en efecto hacía, por lo cual pensó para sí misma en sus nietos de 14 y 16 años y su hijo Francisco, quienes estaban organizados. Entonces pensó “¡que me maten por alimentarlos!”: “Ellos están poniendo el pecho al frente por la vida de todos nosotros, los que hemos sido explotados toda la vida trabajando para los poderosos” (Solórzano, 1989, pág. 25).

---

7 United Fruit Company (UFCO)

8 La caída de Jacobo Árbenz en 1954 fue orquestada por las oligarquías locales y compañías estadounidenses como la United Fruit Company y la Compañía de Ferrocarriles. Esto provocó el retroceso de los logros de la Revolución de Octubre y la subida de Castillo Armas al poder.

Úrsula logró salir viva de la visita de los militares; una hija de ella la llegó a sacar de Ixcán, pero ella se fue pensando con nostalgia que en ese sitio quedaban sus hijos y sus nietos en la organización, y quedaban también los restos de Chon y de Carlos. Cabe mencionar que sus hijas y su nieta estaban alzadas en otro frente del EGP.

La esperanza de ella, a pesar de la represión sufrida, recae en que “se libere a la patria por medio de las armas, que haya paz, que los niños ya no pasen hambre y que exista igualdad entre ricos y pobres y entre hombres y mujeres” (Solórzano, 1989). Si bien la igualdad entre ricos y pobres es una contradicción en el discurso de doña Úrsula, esta aseveración debe entenderse como igualdad de oportunidades económicas, sociales y políticas.

Silvia Solórzano agrega a esta historia la reflexión acerca de que la vida de esta mujer da cuenta de la dictadura ubiquista, la Revolución de Octubre y la represión del Estado durante la Guerra Civil. Doña Úrsula se despide con la típica frase de Ernesto Guevara que hizo suya el EGP, “Hasta la victoria siempre”.

Esta primera historia representa a una mujer oriental, de origen pobre, cuya familia recorre el territorio guatemalteco a lo largo de toda su vida, buscando tierra para sobrevivir. No es raro que su padre fuera agrarista ni que su esposo, hijos, hijas y nieta estuvieran organizados en la guerrilla, pues eran personas que no tenían nada que perder y que tenían el bagaje que la Revolución de Octubre había dejado en el campo y la esperanza del cambio. Es impresionante el ímpetu de Úrsula pues, aunque pierde a gran parte de su familia en la guerra, continúa pensando en una patria que aún puede construirse.

II. Así, pasamos al segundo relato, el de **Yolanda**, una mujer indígena K'iche', a quien Solórzano entrevista con el objetivo de poner en relieve las dificultades que las mujeres deben enfrentar al organizarse en la guerrilla con relación a su familia, pareja (Alfonso), maternidad y lo que se espera de una mujer en una comunidad indígena rural. La entrevista inicia con la siguiente pregunta “¿Consideras que la relación entre Alfonso y tú ha estado ligada al trabajo revolucionario? ¿Cómo ha incidido su formación y participación política en su vida personal?” (1989, pág. 29).

Yolanda contesta a dicho cuestionamiento relatando cómo conoció a Alfonso, su compañero, y las dudas que tuvo en organizarse y tomar las armas. Ella

conoció a Alfonso cuando él aún era estudiante y llegaba a Quiché<sup>9</sup> a dar charlas a la comunidad de base a la que Yolanda pertenecía. En un principio, relata, no entendía porqué había que quitarles sus tierras y pertenencias a los ricos y repartirlas a los pobres, pues ella tenía un tío con mucho dinero que a su parecer lo había ganado a punta de trabajo y porque no se embolaba: “poco a poco fui entendiendo cómo la riqueza que acumulan los ricos es fruto del trabajo de los pobres” (Solórzano, 1989, pág. 30).

Al casarse con Alfonso, como dictaba la costumbre, se fue a vivir a casa de sus suegros, pero se sentía atrapada ya que no la dejaban salir a la calle si no era acompañada, porque Alfonso estaba estudiando y se mantenía fuera, llegando solamente los fines de semana; y en cuanto llegaba, salía para realizar sus tareas revolucionarias. Yolanda no sabía aún que él era guerrillero, pero le empezó a causar conflicto el que nunca estuviera en casa y ella no pudiera salir a la calle, teniendo que realizar labores domésticas como lavar la ropa, hacer tortillas, etc. Finalmente decidió confrontarlo y él le contó que en las reuniones a las que asistía se estudiaba la realidad de Guatemala:

Poco a poco, Alfonso me fue hablando de la situación del país y de la necesidad de que la gente se organizara para defenderse; cada vez yo iba entendiendo un poco más... Un día le reclamé la necesidad de estar juntos, me dijo: “Te vas con nosotros a una reunión”. Él no me dijo más, y yo no le pregunte nada. Pero a partir de allí me fui integrando... y junto con dos mujeres más... formamos un grupo de mujeres. Allí empecé a tener tareas propias, empecé a estudiar los materiales que nos daban y a participar en las discusiones. (Solórzano, 1989, pág. 31)

El trabajo de Yolanda consistía, en un principio, en participar en una organización campesina con el fin de obtener mejores precios para las cosechas, conseguir crédito para las cooperativas y luchar por la tenencia de tierra propia para los campesinos, como ella misma lo era. Posteriormente hacía cursillos con mujeres indígenas campesinas. En uno de estos -que fue muy grande y tuvo lugar en Panajachel- cuenta con emoción, cómo las mujeres dejaron a sus hijos con sus maridos, percibiéndose un gran cambio en la maternidad, pues hasta entonces, por regla, las mujeres se hacían cargo de esas labores.

---

9 Quiché es un departamento que se encuentra en el noroccidente de Guatemala.

Sin embargo, la relación de ella y su pareja también pasaría por contradicciones propias de las formas del patriarcado. Alfonso se ponía celoso cuando salía sola a sus labores revolucionarias. Cabe mencionar que para poder salir a la calle debía pedirle permiso a él o a sus suegros. A veces no le daban permiso y quedaba mal con sus compromisos; a raíz de esta situación Yolanda se da cuenta de que no tenía libertad y decide hablar con su esposo, llegando al acuerdo de tratar de hacer sus tareas revolucionarias juntos.

En el plano político del EGP, se empezó a discutir en las reuniones regionales la costumbre de que sólo las mujeres se encargaban de las labores domésticas; lograron que los hombres juntaran el fuego, hicieran el café y lo repartieran en las reuniones:

Así los hombres empezaron a reconocer y valorar ... el trabajo de las mujeres. Allí ellos empezaron a tener la idea de que las mujeres no sólo servimos para tener hijos, sino que también podemos, es necesario, que nos incorporemos a la lucha contra nuestros enemigos... Al principio, los hombres se reían de lo que oían, pero fueron entendiendo que las mujeres somos parte del pueblo también y tenemos derecho a participar igual que el hombre (Solórzano, 1989, pág. 32).

La maternidad en las comunidades indígenas campesinas, y en Guatemala en general, era una tarea que realizaban exclusivamente las mujeres, y no fue diferente cuando Yolanda tuvo su primer hijo. Su pareja no le ayudaba, pues ambos tenían sus tareas revolucionarias, pero al platicarlo acordaron que Alfonso la ayudaría a lavar y a cuidar al niño, pero a escondidas porque su familia no aceptaría que un hombre hiciera “cosas de mujer”. Posteriormente deciden vivir solos para evitar este problema.

Otro punto importante que toca Solórzano con el testimonio de Yolanda es el de la salud sexual y control de natalidad. Ella y su pareja asistieron al médico juntos para hablar del tema, rebasando así un gran obstáculo cultural, y decidieron que ella se operara para no tener más hijos y poder seguir apoyando en sus tareas revolucionarias: “Ahora ya no tengo problemas, con haberme operado, pero sí he pasado sobre mis costumbres, mis creencias y mi tradición: fue un rompimiento con el pasado, pero una construcción para mi presente. Alfonso me apoyó para entenderlo” (Solórzano, 1989, pág. 32).

Dentro de este testimonio es clave resaltar el papel que las mujeres han tenido en relación con la maternidad y su posición en la jerarquía social. No es casual que la maternidad empuje a las mujeres al ámbito privado y les reste autonomía, ya que con ello se asegura la reproducción y cuidado de la fuerza de trabajo para el modelo de producción imperante. Así, en un artículo referido a la maternidad en la guerrilla en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Angie Vargas reflexiona acerca de la construcción de la maternidad tradicional, afirmando que:

La mujer históricamente ha estado rodeada de discursos dominantes que han demarcado una serie de “funciones asignadas” para su cuerpo y su sexualidad; donde la maternidad se define como el núcleo natural y fundante de la identidad femenina (González, 2005). Este hecho ha repercutido de manera social, política, económica e incluso física y emocional en la vida de las mujeres. Adicionalmente, la dicotomía público-privado situó (según el contexto) a la mujer en el ámbito doméstico/reproductivo y al hombre en el ámbito laboral/productivo. Esto marcó la brecha entre el trabajo reproductivo y el productivo, y con el tiempo el trabajo reproductivo fue desplazado y subestimado por los mercados. De esta manera, el trabajo doméstico ha funcionado como una pieza fundamental del sistema mercantil que se mantiene gracias al trabajo de la reproducción de la vida, y que, a pesar de su importancia, al día de hoy no es reconocido (Vargas González, 2021).

Muchas mujeres guerrilleras guatemaltecas y colombianas tuvieron que tomar decisiones acerca de sus maternidades y el cuidado de los niños. Algunas optaron por dejar los hijos con sus abuelas y abuelos, mientras crecían y podían llevarlos con ellas a los trabajos de la organización. Otras fueron compelidas por sus parejas y por la comandancia a dejar sus labores revolucionarias para dar a luz y cuidar de su descendencia.

Existieron también, con el tiempo, casas de seguridad en Guatemala y en otros países como Cuba, Argentina y Nicaragua, donde por lo general un grupo de mujeres se encargaban de cuidar a los niños y niñas, hijos de guerrilleros y guerrilleras. Esto fue una forma diferente de abordar el maternaje por seguridad ante la represión estatal y para que las mujeres pudieran seguir desarrollando su trabajo revolucionario.

Tanto para las mujeres indígenas como Yolanda, como para las ladinas, la posibilidad de cambio en las costumbres y estereotipos culturales acerca de la maternidad y la oportunidad de tener acceso a la planificación familiar fue un parteaguas en cuanto a su autonomía dentro de su vida y dentro de su labor político militar. Esta ruptura no fue fácil, pero se hizo necesaria dadas las características de Guerra Popular Revolucionaria y la represión estatal.

El testimonio de esta mujer campesina indígena ilustra no solamente la inserción de las mujeres en la lucha revolucionaria, sino también los obstáculos culturales y cotidianos que debieron enfrentar en pareja. Queda claro que el camino para la construcción de relaciones de equidad entre hombres y mujeres debe irse construyendo mediante discusiones políticas en el marco colectivo y en el privado. Los hombres que se organizan no tienen conciencia, *per se*, de que las relaciones sociales y patriarcales les benefician a ellos, pero oprimen a las mujeres que los rodean y es solo a partir de la concientización y la práctica que se lograrían cambios en la sociedad guatemalteca. También da algunas pautas para comprender la problemática campesina en cuanto a la falta de tierra y bajos precios de venta de las cosechas y ejemplifica cómo se hacía el trabajo en las comunidades de base del EGP.

**III.** El tercer testimonio que nos interesa tocar es el de **Rosa**, cuya particularidad es que colabora con la guerrilla urbana y forma parte de un grupo de familias que se organizan para reclamar mejoras en la calidad de vida y servicios como el acceso al agua, a la educación, la salud, a una vivienda digna, ya que vivían en un barranco a la orilla del Periférico, una importante arteria vial de la ciudad de Guatemala.

La mamá de Rosa llegó a los 45 años a vivir al barranco, ya que el dueño del terreno en donde funcionaba el basurero más grande de la ciudad los llevó allí para que cuidaran los árboles de encino y evitar que fueran robados; al principio no pagaban nada e hicieron sus *covachas* en el sitio. Después, al morir el dueño, los hijos heredaron el terreno y empezaron a cobrar, dependiendo el lugar en donde estaban asentadas las familias: la parte más barata, era la parte baja cerca del río; y los que podían pagar más se colocaban más arriba, cerca de la calle: “la vivienda nuestra estaba por la mitad, a media ladera; pero la verdad es que todos los que vivimos en los barrancos somos gente muy jodida, pasamos muchas dificultades allí” (Solórzano, 1989, pág. 46).

La gente que llegaba al barranco era campesina, que venían empujados por la falta de tierra y buscando una vida mejor en la ciudad. En el lugar, una de las principales necesidades de las personas era el acceso al agua, que en un principio la bajaban a traer al río, pero después poco a poco algunos hospitales y fábricas empezaron a verter aguas residuales anulando esta fuente del vital líquido. Para Rosa, el agua era y sigue siendo una de las reivindicaciones principales de las mujeres pobladoras, “pero ya nos convencimos que los problemas de los barrancos, de tantos miles de gente pobre que allí vive, no se van a solucionar hasta que haya un cambio en la sociedad” (Solórzano, 1989, pág. 46).

Otros de los problemas que aquejaban y siguen aquejando a estas áreas marginadas de la ciudad son la inseguridad, las amenazas de desalojo, la falta de trabajo, la violencia de género e intrafamiliar y por supuesto la pobreza. Son contundentes las palabras de Rosa para describir estas áreas como “sentirse fuera de la ciudad, fuera de la humanidad” (Solórzano, 1989, pág. 48).

La violencia de género y violencia intrafamiliar (relacionadas directamente con la pobreza extrema) y la discriminación de las mujeres (quienes se veían atadas al trabajo doméstico y de subsistencia), así como el problema del alcoholismo dentro de las familias, eran situaciones que atravesaban la mayoría de las mujeres que vivían en el sitio.

En el caso particular de las mujeres en el barranco, Rosa comenta que, además de trabajar en la casa, deben salir a buscar dinero en oficios como tortilleras, planchadoras, sirvientas, vendedoras o prostitutas. Con este dinero pagan la renta, la alimentación de su familia y si era posible el uniforme y los útiles para los niños. Las mujeres enfrentaban altas tasas de mortalidad infantil: en el caso de ella, tuvo doce partos y solamente sobrevivieron seis de sus hijos. El barranco es el hábitat de los que no tienen nada que perder y por tanto la toma de conciencia de clase pudo generarse teniendo una buena acogida en muchas personas del lugar. La organización llevó esperanza a los pobladores del barranco, ya que, según Rosa,

antes, creíamos que no hay posibilidad alguna de cambiar, que no hay posibilidad de salir de ese callejón, hasta que fuimos organizándonos. La organización es indispensable para tener esperanza, para darse cuenta que los pobres tienen derecho a vivir mejor (Solórzano, 1989, pág. 49).

Al cuestionarla Silvia Solórzano acerca de cómo lograron organizarse las mujeres en el barranco, ella contesta que primero fue por la acción de los sacerdotes, que les hicieron tomar conciencia sobre las causas de su pobreza. Cuando creció el grupo de mujeres organizadas, fueron a apoyar algunas manifestaciones campesinas y lucharon por construir su propia iglesia (Solórzano, 1989, pág. 49). La iglesia sirvió como ente catalizador en la toma de conciencia, la organización y las reflexiones acerca de las necesidades locales y nacionales.

Se debe recordar que algunas congregaciones de la Iglesia católica basadas en la Teología de la Liberación participaron activamente en las organizaciones sociales, durante la Guerra Civil en Guatemala. Para Caballero (2011) hubo un parteaguas en la posición de la Iglesia católica, que previamente había apoyado a los regímenes militares y contrarrevolucionarios.

A partir de la Conferencia de Medellín (1968) -que supuso un cambio de la actuación eclesial en Latinoamérica en general y en Guatemala en particular-, con nuevas directrices de “defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos, urgiendo a nuestros gobiernos y clases dirigentes para que eliminen todo cuanto destruya la paz social y las injusticias” (Caballero, 2011, pág. 36). Algunas congregaciones religiosas, como el Sagrado Corazón, los Jesuitas y los Maryknoll, estuvieron activas en el campo y en la ciudad concientizando y organizando a la población a partir de los preceptos de esta teología. Otras congregaciones, sin embargo, mantuvieron su apoyo a los regímenes militares de terror.

Para el barranco donde habitaba Rosa, esto se tradujo también en hacer obras en beneficio para la comunidad, como la construcción de gradas para entrar y salir del sitio y un puesto de salud, gracias a la propia organización y los materiales donados por la iglesia. En la comunidad se fundó un comité de base que funcionaba paralelamente al Estado que resolvía los problemas y discusiones (incluso impartiendo justicia) que se iban generando en el barranco. Muchas de las quejas que se presentaban en este comité eran de mujeres que denunciaban a su esposo porque bebía mucho alcohol y las golpeaba.

El comité de base resultó ser una especie de gobierno autónomo, no solamente por ser un espacio marginado por el Estado, sino porque los vecinos (con discusión y disciplina) trataban de dilucidar los problemas cotidianos y necesidades del lugar. A partir de esta formación surgió el cuestionamiento de

cómo pasar de las reflexiones a la acción; y se conformó un grupo de hombres y mujeres para hacer un trabajo “más político”, “éramos más mujeres que hombres. Mis hijas también estaban en ese grupo” (Solórzano, 1989, pág. 50).

El testimonio no aclara en qué momento la organización política del barranco se unió al EGP. Dentro del EGP, primero recibieron entrenamiento político y militar, y después empezaron a participar en tareas de vigilancia, espionaje, llevar correspondencia, y también en las propagandas armadas y en las barricadas (Solórzano, 1989, pág. 50). Cabe mencionar que no todas las personas del barranco se unieron a dicha organización guerrillera.

El papel de las mujeres del barranco en la guerrilla urbana fue variable. Por ejemplo, menciona Rosa, una señora aprendió primeros auxilios, otra se metió a una fábrica de ropa para aprender a hacer uniformes, otras se quedaban en sus casas vigilando y avisando sobre la llegada del enemigo y otras hacían comida para los compañeros (Solórzano, 1989, pág. 51). En algunas casas se guardaba la propaganda del EGP.

La represión del Estado no se hizo esperar y capturaron a varios hombres y mujeres, incluyendo al esposo de Rosa, del que ya no supo su paradero. Bajo estos términos de amenaza, ella decide alzarse porque su convicción era fuerte y estaba dispuesta a luchar “hasta el triunfo”:

Sigo pensando también en el barranco, en los compañeros y compañeras; estoy segura de que ellos van a seguir luchando con otros métodos. Y como te dije al principio, pienso que muchas mujeres del barranco quisieran estar aquí (Solórzano, 1989, pág. 51).

El testimonio de Rosa presenta varias aristas de la organización urbana. En primer lugar, nos da a conocer las causas que los llevaron a fundar su comité de base, siendo éstas la migración interna, la extrema pobreza, la falta de vivienda, tierra de cultivo, la discriminación hacia las mujeres y el abandono del Estado hacia los habitantes del barranco; y, en segundo lugar, la esperanza de las mujeres por construir una vida digna a partir de la toma de conciencia de clase y de género, convirtiéndose en mujeres alzadas.

IV. El último testimonio que nos interesa detallar en esta reseña es el de **Ruth**, mujer campesina kiché', maestra y religiosa de la Iglesia católica. Ruth empieza su relato diciendo que nació en una aldea del altiplano guatemalteco, hundida en la pobreza. Su mamá venía de una familia muy pobre que no tenía tierra para sembrar ni qué comer: únicamente se alimentaban de maíz tostado y agua; su padre sí tenía un poco de tierra, así que al casarse sembraron maíz y frijol para sobrevivir (Solórzano, 1989, pág. 83).

Cuando la familia creció, concibiendo nueve hijos entre ellos Ruth, la economía de subsistencia que proporcionaba el terreno dejó de ser suficiente, por lo que se vieron en la necesidad de vender sus cosas y trabajar. Ruth estudió hasta el segundo año de primaria, ya que era el último grado que había en su aldea, pero tuvo la oportunidad de seguir estudiando fuera. Esto era bastante raro durante los años ochenta en el área rural de Guatemala, ya que las niñas que estudiaban, si lo hacían, llegaban por lo general a los primeros años de primaria para aprender a leer y escribir, y luego dejaban la escuela para apoyar a su familia con actividades domésticas, de cultivo, y muchas otras veces entregadas a hombres mayores que se casaban con ellas.

Una de las cosas que más influyó en ella, para organizarse, fue el hecho de la práctica religiosa y social de su padre: "Mi papá era principal y catequista de la aldea... estaba organizado en las ligas campesinas, en algunas cooperativas; por él nuestra conciencia estaba abierta al cambio; se trataba de ver cómo se impulsaba el progreso en las aldeas" (Solórzano, 1989, pág. 84). "Principal" es una forma de autoridad por méritos, que es parte de la estructura organizacional de las comunidades indígenas ancestrales. A esta persona se le busca para la toma de decisiones, dirigir asambleas, impartir justicia, buscar consejo, etc. Así, la toma de conciencia social de Ruth, y su inclinación al trabajo con los desposeídos, la llevarían posteriormente a la militancia guerrillera.

Esta participación comunitaria de su padre provocó que las fuerzas contrainsurgentes lo tildaran de "comunista", lo cual lo llevó a ser encarcelado en 1970, donde sufrió torturas y vejaciones por su forma de pensar. Estuvo detenido un mes y salió convencido de seguir trabajando para la comunidad.

De su madre, Ruth nos cuenta que fue la primera mujer organizada de su aldea: "media vez entendió las ideas de la Revolución tuvo que ver una a una la

organización de todos sus hijos (sic). Es una mujer clara y con gran capacidad para soportar los sufrimientos de la guerra” (Solórzano, 1989, pág. 85).

Tres hermanos de Ruth y un cuñado cayeron en manos del ejército y nunca volvieron a encontrarlos. Ella reflexiona y dice que muchas mujeres indígenas de Guatemala, aunque no saben leer ni escribir, entienden las ideas de la Revolución y tienen seguridad en el cambio y en el triunfo. Esto se reflejó en varias generaciones de mujeres que lucharon con la esperanza de mejorar la vida para ellas y sus hijos. Aunque se ha invisibilizado en muchas ocasiones su participación, las mujeres indígenas fueron decididas y participaron de la guerrilla como colaboradoras y otras como militantes.

En las comunidades indígenas, las mujeres, según Ruth, empiezan a trabajar desde niñas y cuando son adolescentes se casan, cumpliendo la voluntad de sus padres. Sin embargo, afortunadamente ella no sufrió esta presión y a los 14 años, becada, logró continuar sus estudios en la capital en una institución religiosa y se ordenó como monja. Un punto importante para resaltar es que, al salir de la aldea, Ruth comienza a sentir la discriminación étnica:

En la calle, en las tiendas, en todas partes me decían “india” con desprecio. En mi propia cara me decía la gente india *shuca*, india asquerosa, bruta, tonta. Entonces, quiera uno o no, se va sintiendo como que de veras es tonta; se va uno devaluando ante sí misma como que no sabe uno qué hacer en ese mundo ladino que no es el tuyo... La discriminación no es un problema personal, la sentimos todos los compañeros indígenas que hemos tenido necesidad de salir de nuestras aldeas... Pero las indígenas, por ser mujeres, la sufrimos el doble... La situación en nosotras es más problemática, porque a la legua te ven que sos india, por la razón que andas con tu traje, que es como parte de nosotras mismas (Solórzano, 1989, págs. 86-87).

No está de más mencionar que estas prácticas racistas siguen permeando a la población guatemalteca y sobre todo a las mujeres, como lo dice Ruth. A pesar de esto, se sigue utilizando la indumentaria indígena, portada con gran orgullo, recordando con dignidad a sus ancestros. Es admirable que las mujeres, aun sufriendo discriminación étnica cotidianamente, continúen utilizando hasta nuestros días los tejidos de su región.

La discriminación étnica tiene sus raíces en la conquista y colonización de los pueblos originarios, siendo repartidos como fuerza de trabajo para explotar la tierra y realizar labores de servidumbre. Los pueblos fueron agrupados en territorios determinados, llamados “pueblos de indios”, a partir de la legislación colonial por medio de formas precapitalistas de explotación, como lo fueron los repartimientos, los mandamientos y las habilitaciones. La Independencia no cambió el estado de opresión existente, sino que modificó las medidas de coerción física y económica para seguir generando riquezas para peninsulares y criollos con base en los cultivos de exportación vigentes.

Así, la diferenciación étnica forma parte de una estrategia de poder, pensada no solamente para utilizar la mano de obra indígena, sino para enfrentar a mestizos e indígenas a partir de ciudadanía diferenciadas, enfatizando en la necesidad de la “evolución del indio”, lo cual requería que vistieran a la “española”, hablaran castellano y el “blanqueamiento” racial.

Posteriormente, a pesar de tener formalmente los mismos derechos y obligaciones todos los habitantes de la república, la discriminación continuó y continúa siendo un flagelo que los pueblos indígenas han resistido, en gran medida, conservando su indumentaria, su cosmovisión y sus prácticas religiosas y culturales. Este factor jugó un papel importante en la participación de los pueblos originarios en la Guerra Popular Revolucionaria.

Continuando con el testimonio de Ruth, podemos observar que, si bien ella ya había enfrentado las vicisitudes de la pobreza y de género, aún debía enfrentarse a la discriminación étnica al salir de su comunidad. La inseguridad que le provocó este trato humillante pudo sobrellevarla con la toma de conciencia de las relaciones de desigualdad en el país cuando (en un encuentro indígena organizado por la Iglesia) se les plantearon los siguientes cuestionamientos: por qué somos pobres; quiénes somos los indígenas; de dónde venimos; cómo entrarle al problema de la identidad. Ruth entonces se dio cuenta de que la discriminación no era solamente hacia ella, sino hacia todas las personas indígenas de Guatemala (Solórzano, 1989, pág. 87).

La Iglesia Católica apoyó a Ruth para seguir estudiando y con ello a construir su conciencia de género, clase y etnia, pero, posteriormente, su identidad como monja empezó a limitarla en su participación política y militante. Logró convencer a su congregación de que le dieran permiso de trabajar en las aldeas con la gente, argumentando que la palabra de Dios se cumplía al pie

con estas prácticas. Como ya hemos dicho antes, algunos sectores de la Iglesia católica, con base en la Teología de la Liberación, participaron activamente en la organización política de las comunidades; y aunque algunas monjas de la congregación a la que pertenecía Ruth eran muy conservadoras, logró seguir trabajando en las aldeas cumpliendo con el credo de su fe.

Paralelamente, la hermana de Ruth se preparó como promotora de educación bilingüe y trabajaba como sirvienta en la capital. Ella fue la primera en tener contacto con el EGP e invitó a Ruth a recibir formación política. Luego, al organizarse ella en el EGP, tuvo que dejar la congregación por razones de seguridad y disciplina, pero iba convencida en hacer cumplir la palabra de Dios para los pobres. Su consagración la dedicó a la guerrilla.

Ruth comenta que ir a la montaña significaba llevar hasta las últimas consecuencias la promesa de servir al pueblo. Al llegar al campamento tuvo un choque ideológico entre la cuestión religiosa y los planteamientos de la guerrilla; ella aún se sentía monja y no entendía por qué no estaba permitido hacer celebraciones religiosas en el campamento guerrillero (Solórzano, 1989, págs. 89-90). Posteriormente, observó que entre los principios del EGP y el cristianismo había muchas similitudes, y esto la calmó y la llevó a seguir preparándose:

Entendí la diferencia entre pueblo y su vanguardia; entre las normas de un pueblo y la disciplina militar. Así que llevaba mis resabios el convento, que ya tenían raíces en mí misma. Pero al ver los problemas de un pueblo en lucha, y ver la represión desatada, mis propias discusiones sobre religión se volvieron secundarias y mi misma fe fue evolucionando también en el sentido de ver la injusticia, de ver la urgente necesidad de lograr un cambio, de hacer la Revolución para practicar la justicia del reino de Dios... eliminar el sufrimiento... la pobreza... la represión, construir un mundo de paz, sólo se logra con la Revolución; entonces me di cuenta de que en el fondo, en la realidad, no había contradicción entre mis ideales cristianos y los de la Revolución (Solórzano, 1989, págs. 90-91).

Los motivos que llevaron a las mujeres a levantarse en armas fueron diversos. En este caso, los valores religiosos que le inculcaron a Ruth y su conciencia de clase que nace a partir de sus constantes visitas a las comunidades sumidas en

la pobreza, la llevan a tomar esta decisión, que, aunque la hizo alejarse de la Iglesia, la llevó a cumplir con los preceptos religiosos en los que creía.

Un aporte importante de este relato es que nos habla de las mujeres de la población civil. Cuenta cómo las mujeres de las comunidades eran obligadas a cocinarles a los militares con sus propios víveres y cómo eran humilladas constantemente y muchas veces violadas. También sufrieron las mujeres a las que les quitaron a sus maridos a la fuerza para que militaran en las Patrullas de Autodefensa Civil (PAC)<sup>10</sup>, dejándolas solas, angustiadas, sin apoyo económico. Aún bajo esta difícil situación, las mujeres lucharon para que sus maridos regresaran de las PAC y también por la esperanza de su libertad.

Pero la lucha de las mujeres no era solo contra la represión, también lucharon dentro de las organizaciones por la igualdad y para concientizar a la población de la discriminación que sufren por ser mujeres, campesinas e indígenas. Explica Ruth que la Revolución les ha abierto la posibilidad de alfabetizarse, de tener una formación política, de aprender el castellano y de abrir la dimensión de su mundo a un futuro diferente (Solórzano, 1989, pág. 96). El camino por recorrer para lograr este objetivo y para colaborar en niveles más comprometidos con la organización fue largo:

Hay compañeras en todos los niveles y sectores del trabajo revolucionario. Hay algunas, aunque contaditas, porque la preparación es larga, que ya están aportando en organismos de dirección en las localidades y en los *Comités Clandestinos Locales* y también en los mandos militares. Otras están en los niveles más bajos; van dando sus primeros pasos... trabajan en los talleres de explosivos, de impresión, de costura, o se alzan como combatientes... Pero es muy importante de ver cómo los cambios se dan no sólo en las mujeres, sino también en los hombres que van aceptando la nueva situación, que van aprendiendo a respetar a las mujeres por sus capacidades y también van valorando más su trabajo doméstico (Solórzano, 1989, pág. 97).

A pesar de ello comenta que la proporción de mujeres en la guerrilla, en comparación con los hombres, era poca; pero, fuera de la organización, en

---

10 La Patrullas de Autodefensa Civil (PAC) eran milicias que el ejército creaba forzando a la población civil a luchar contra los “comunistas”

las comunidades y campamentos de resistencia, aportaban mucho frente al enemigo. Ruth dice en su relato que la situación de la represión estatal y la toma de conciencia de la explotación y discriminación de las mujeres las hará alzarse en armas algún día.

## Reflexión final



### Ilustración 2

Combatiente del Ejército Guerrillero de los Pobres, Mazatenango, Suchitepéquez (Jean-Marie, 2010, pág. 140)

Al escribir el libro *Mujer alzada*, Silvia Solórzano logra presentar un crisol de testimonios de mujeres colaboradoras y militantes del EGP, mostrando la manera en que se incorporaron a la lucha revolucionaria, logrando coincidir en el objetivo de construir una sociedad digna, equitativa, igualitaria en la cual toda la población tuviera acceso a las condiciones y servicios necesarios para el bienestar personal, familiar y comunitario.

Cada una de las mujeres que presentan su testimonio en la obra tiene orígenes y caminos diferentes que las llevó a la lucha revolucionaria, empezando por el género, la etnia y la condición social; algunas provenían de comunidades indígenas campesinas, otras de las zonas marginales urbanas, también de las clases medias y de diferentes creencias religiosas. Para algunas, las más

oprimidas, el camino hacia la revolución fue más largo y constituyó un acto de rebeldía ante las estructuras patriarcales que oprimen a las mujeres en la familia y en la comunidad; estos actos de rebeldía podían ir desde tortear, cocinar y lavar a escondidas de los hombres, para apoyar a la causa, hasta incorporarse directamente en la lucha armada.

Antes y durante el trayecto hacia esta lucha, las mujeres tomaron conciencia de la necesidad de levantarse no solamente ante el modelo de producción injusto en el que vivían, sino también ante su propia familia, pareja y compañeros organizados. Tuvieron que esforzarse doblemente para que los hombres pudieran valorar sus aportes, que entendieran que la Revolución empieza por la equidad de las labores del hogar y la maternidad, y que pudieran darse cuenta de que las mujeres podían desempeñarse perfectamente como guerrilleras tanto en el marco político como militar. El proceso no fue fácil, ya que los compañeros reproducían los patrones patriarcales que habían aprendido en sus familias y en sus comunidades, razón por la cual fue difícil, pero indispensable, pedirles que renunciaran a sus privilegios y trataran a las mujeres como seres humanos con pensamientos propios, inquietudes, sueños, y no solamente como las encargadas de las labores tradicionales del hogar y la maternidad.

La maternidad, como constructo social y cultural de la sociedad guatemalteca, relega a las mujeres a la reproducción de la fuerza de trabajo; dicho en otras palabras, las mujeres tienen la responsabilidad de procrear a los hijos en su vientre y velar por su sobrevivencia y bienestar a la hora del nacimiento y el posterior desarrollo del niño o la niña. Así, proporcionan cuidado desde el embarazo y la lactancia, y son las responsables de alimentar, supervisar, educar y velar por la salud de los hijos. Esta situación provoca que sean confinadas a espacios como el hogar, los mercados, recolección de cosecha, etc.; todo en relación con la reproducción de la fuerza de trabajo.

La desigualdad de género acabaría, según los postulados teóricos del comunismo (bajo los cuales se guiaban algunas organizaciones guerrilleras guatemaltecas) con el fin de la lucha de clases; pero con la práctica y el trabajo de base en las comunidades, se hizo indispensable el análisis de la realidad guatemalteca a partir no solamente de la clase social, sino también de la etnia y del género.

En los testimonios que se presentan en *Mujer alzada* observamos cómo la maternidad, el trabajo doméstico y las relaciones desiguales entre hombres

y mujeres se convierten en un punto central en la lucha no solamente para las mujeres, sino para los revolucionarios en general, pues para que ellas se pudieran incorporar en la guerrilla, ya fuera como colaboradoras o militantes, debían compartirse las labores referidas. El caso de Yolanda es muy ilustrativo en cuanto a esta problemática se refiere y nos permite ver cómo vivió una pareja específica de guerrilleros, la erosión de las relaciones patriarcales y la apertura a las mujeres a una libertad y autonomía, a la vida y a la lucha.

Sin embargo, las actividades que desarrollaban las mujeres dentro de la organización empezaron, justamente, con roles socialmente asignados, es decir, cocinar, lavar, cuidar enfermos, etc.; para posteriormente involucrarse poco a poco en labores políticas y militares, aunque, como ya lo dice la obra, en cuotas desiguales. La emancipación femenina es un proceso inacabado que, si bien dio pasos significativos durante la Guerra Civil, aún sigue siendo uno de los mayores lastres de la sociedad guatemalteca.

La obra da entender que la inclusión de las mujeres en el EGP fue una política importante para la organización; la encontramos claramente en el relato de **Esperanza**, quien formaba parte de la Dirección Nacional del Ejército Guerrillero de los Pobres. Afirma que se planificó esta estrategia por varias razones: en primer lugar, por reconocerse que las mujeres son las personas más discriminadas y oprimidas de la sociedad guatemalteca; en segundo lugar, por la importancia numérica de este género en la población; y, por último, por ser objetivo primordial de la represión y el terror estatal. Esperanza asevera que era importante incorporar más mujeres a la organización, pues no se había logrado la igualdad estadística correspondiente.

El relato de Esperanza no trata de esconder la represión ni la saña con la que fueron torturadas, violadas y asesinadas las mujeres, tanto organizadas como no organizadas; dice que las fuerzas estatales y paramilitares querían acabar con “la semilla” de la revolución y tocar en su parte más sensible a la sociedad: las mujeres y los niños. Pero piensa que esta tragedia vuelve a las mujeres más comprometidas por el odio que sienten hacia el enemigo.

En el mismo sentido, pero refiriéndose a un aspecto más práctico, **Tila** -ixil miembro de la Dirección Regional del Frente Guerrillero “Ho Chi Minh”- dice que a la gente le ha gustado la llegada de la guerrilla porque se habla de la explotación de los ricos hacia los pobres y de la discriminación de género. La presentación de esta problemática hacía que las mujeres de las diferentes

comunidades, en donde se realizaban talleres de formación política y propaganda de la organización, se sintieran identificadas con la lucha. Otro factor fundamental para lograr esta identificación fue enfatizar el trato diferente que reciben los indígenas, y en particular las mujeres indígenas en la sociedad guatemalteca:

La mujer de los ricos, nada más aprovecha de nuestro trabajo en las ciudades y en las fincas; en cambio, nosotros somos indígenas y no aprovechamos nuestro trabajo; estamos trabajando mucho, y todavía en miseria vivimos, y ellas sólo están sentadas, peinándose sin ensuciarse las manos, aunque nosotros tenemos que limpiar las necesidades de sus hijos (Solórzano, 1989, pág. 18).

Se diferenció la discriminación de género, etnia y clase, pero se observaba que en la realidad confluían en todos los ámbitos de la vida de las mujeres. Por ejemplo, Tila explica que en las fincas a las mujeres se les pagaba la mitad que a los hombres y que los ricos enseñan que las mujeres no sirven para nada, que el lugar de ellas está en la cocina, en la casa teniendo y criando a los hijos, pero que mantenerse económicamente no pueden.

En la organización, continúa Tila, es diferente: “allí se puede ver el respeto y que no hay diferencia entre nosotros. Ellas se dan cuenta entonces que la participación de la mujer es muy importante, y yo les hablo en su lengua, y entonces entienden bien y les gusta que yo llegue, porque quedan más claras” (Solórzano, 1989, pág. 18). Pero quedaban con la intriga de cómo una mujer había ido por sí misma a la montaña. El hecho de presentarse como mujer indígena ixil, guerrillera y hablarles en su propio idioma hacía que se interesasen en participar de alguna manera en la lucha revolucionaria, porque veían que una mujer como ellas participaba activamente. Este tipo de propaganda y enseñanza de lucha tenía gran impacto en la población femenina.

*Mujer alzada* constituye una obra importante no solamente para la reconstrucción de la memoria histórica y colectiva, sino para conocer acerca de la labor de las mujeres en la guerra civil guatemalteca. Las mujeres no se quedaron cruzadas de brazos ni en el levantamiento armado ni ante la brutal represión estatal que sufrieron no solamente las organizaciones guerrilleras, sino también la sociedad civil. La idea de los pueblos indígenas entre dos fuegos, guerrilla y ejército queda descartada al acercarnos a los

testimonios de varias mujeres que deciden tomar las armas o apoyar desde su comunidad a la Guerra Popular Revolucionaria. Asimismo, la labor de las mujeres ha sido fundamental en la reconstrucción del tejido y legado histórico comunitario, siendo incansables promotoras de la búsqueda de la justicia ante las atrocidades cometidas por las fuerzas represivas del Estado.

## Bibliografía

- Caballero Mariscal, D. (2011). Iglesia Católica, Conflicto Armado Guatemalteco y población indígena. *Revista Cultura y Religión*, Vol. V, N° 2, 33-52.
- Coronado, E. (19 de febrero de 2019). *Plaza Pública*. Obtenido de <https://www.plazapublica.com.gt/content/la-guerra-en-los-libros>
- Harms, P. (2020). *Ladina social activism in Guatemala City 1871-1954*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Jean-Marie, S. (2010). *Guatemala: eterna primavera, eterna tiranía*. Guatemala: CIRMA.
- Orantes, V. (30 de marzo de 2023). *RUDA*. Obtenido de <https://www.rudagt.org/temas/silvia-solrzano-necia-feminista-y-abuela-quiere-ser-diputada>
- Solórzano, S. (1989). *Mujer Alzada*. Barcelona: Sendai.
- Vargas González, A. (2021). ¿Cambiar un fusil por un niño? Relatos sobre los sentidos y significados de la maternidad en la guerra. *Mediaciones*.